

dole fiel solo la derecha y quedando á la piedad de sus nuevos amigos... Esto no podía ser.

El efecto que produjeron las declaraciones de Danton fué debilitar á la Montaña y la Convención y el provecho no fué realmente para la Gironda, sino para los realistas.

No á los realistas sólo, al extranjero, al enemigo. Hacía falta que la Gironda no obligara á Danton á ser girondino, dejándole como era, que fuera Danton, que el combate continuara sobre puntos secundarios.

Danton hizo un supremo esfuerzo para la unidad de la patria. Solicitó (hacia el 30 de Noviembre ó quizás algo después) una última entrevista con los jefes de la Gironda. Era indispensable para él que fuese secreta. Si en tal encuentro hubiera sido pública, Danton irremisiblemente se hubiera perdido. La entrevista tuvo lugar en una casa de campo, á cuatro leguas de París, en los alrededores de Sceaux. En este país de bosques había entonces una arboleda más espesa todavía que hoy, por lo que merecía el nombre que uno de sus cantones lleva: Val-aux-Loups. ¿Cómo siendo tan conocido Danton se atrevió á salir de París sin llamar la atención? Es muy probable que en el pueblecillo de Cachau, que está en el mismo camino lo recibiera Camilo Desmoulins con su madre, la madre de Lucila, amiga íntima de madama Danton.

La influencia de ésta, muy decisiva sobre Danton, fué durante mucho tiempo la brújula de éste si no nos equivocamos. Danton amaba con pasión á su mujer y la veía morir. La aplastante rapidez de aquella revolución descargó sobre la buena señora, golpe tras golpe, quebrantándola. La reputación terrible de su esposo, que gozaba la espantable fama de haber hecho la revolución de Septiembre, la había muerto. Fué esto como una sombra que surgió en la casita del pasaje del Comercio, en la triste casa, que fué como arcada y bóveda entre el pasaje y la calle (triste por cierto) de los Cordeleros. Hoy se llama calle de la Escuela de Medicina.

El golpe fué muy fuerte para Danton. Llegó al punto fatal en que el hombre, habiendo cumplido por la concentración de sus facultades con la misión principal de su vida, se reduce, se achica en su unidad. El resorte de la voluntad tiene menos tensión, funcionan con pena la naturaleza y el corazón, lo que fué primitivo en el hombre. Todo esto en el curso ordinario de los sucesos, llega en dos distintas épocas de la vida, divididas por el tiempo. Pero entonces, ya lo hemos dicho, no existía ya este tiempo. La Revolución le había muerto también otras cosas.

Llegó el momento para Danton. Su obra hecha, la salud pública en el 92. Tuvo, contra su voluntad, un momento de flaqueza, la insurrección de la naturaleza que le mortificó el corazón, despertando el orgullo y el furor, sacudiéndole casi hasta la muerte.

Los hombres que viven en la calle, popularizados, que nutren los

pueblos con su palabra, con el poderoso ímpetu de su pecho y ardiente sangre de su corazón, sienten una extraordinaria necesidad del hogar. Es preciso que se tranquilice el espíritu, que se calme el corazón. Y esto no lo puede hacer nadie más que una mujer y muy buena, como la de Danton. Si juzgamos su físico por su retrato, era bella, tranquila, dulce. La tradición de Arcis, donde ella iba frecuentemente, la hace piadosa, naturalmente melancólica, de un carácter tímido.

Tenía el mérito de haber querido, en su situación tranquila y feliz, correr la azarosa vida con un hombre joven, genio ignorado sin reputación ni fortuna. Virtuosa, lo escogió á pesar de sus vicios que delataba su semblante descompuesto. Se asoció á su destino obscuro, batiendo sus alas sobre el temporal.

«La mujer es la fortuna», se ha dicho en algún sitio.

No fué solamente la mujer lo que perdió Danton: fué su fortuna, su destino; era la juventud y la gracia. Una mujer de un profeta árabe le preguntaba por qué recordaba frecuentemente á su primera mujer: «Es, dijo, porque creyó en mí cuando nadie me creía».

Yo no sé si fué madama Danton la que hizo prometer á su esposo que salvara la vida del rey si peligraba ó en todo caso la de la reina, la piadosa madama Elisabeth, los dos niños. Ella tenía también dos hijos: uno nació en el momento solemne que siguió á la toma de la Bastilla; el otro en el 91, cuando muerto Mirabeau y la Constituyente extinguida se abría el porvenir de Danton, quien se convirtió en rey de la palabra en la nueva Asamblea.

Esta madre, entre dos cunas, gemía enferma, asistida por la madre de Danton. Cada vez que entraba, estrujado, herido por las cosas de la calle, dejando á la puerta la armadura del hombre político y la careta de acero, encontraba esta otra herida, esta llaga terrible, dolorosa, la certidumbre de que dentro de poco le han de desgarrar el alma, le han de guillotinar el corazón. Danton amó siempre á esta excelente mujer, pero su ligereza, su prisa, sus ocupaciones le llevaban á otra parte. Y he aquí que ella partía, he aquí como Danton se apercebía de la fuerza, de lo profundo de su amor. Y él nada podía hacer; huía su esposa, se escapaba de su lado.

Lo más duro es que él no la podía ver hasta el último instante y recibir su último adiós. No podía permanecer así. Tenía que abandonar el lecho mortuario. Su situación contradictoria iba á aparecer; le era imposible poner de acuerdo á Danton con Danton. La Francia, el mundo, iba á fijar sus ojos sobre él en este fatal proceso del rey. No podía hablar ya, debía callarse. Si no encontraba medios para reunir la derecha y el centro, la masa de la Convención, tendría que alejarse de París, desterrarse á Bruselas para volver solo cuando el curso de las cosas y el destino hubieran desligado ó roto el nudo. ¿Pero entonces, esta pobre mujer enferma, tan enferma, viviría? ¿Encontraría en su amor suficiente aliento y fuerza para vivir hasta entonces, á pesar de la naturaleza y

guardar el último suspiro para su marido que regresa?... Sería muy tarde; lo presentía; no encontraría más que la casa en plena soledad, sus hijos sin madre y este cuerpo amado hasta lo infinito en el fondo del ataúd. Danton no creía en el alma. Era el cuerpo á quien perseguía y deseaba ver de nuevo.

Un velo encubría este trágico porvenir.

Danton tuvo la presciencia de su porvenir cuando conferenció con sus enemigos en Sceaux pidiéndoles amnistía. Ya encontramos á este hombre fiero, arrastrado por la necesidad, aislado, sombrío á los primeros soplos del invierno. Ignoramos desgraciadamente los detalles de la entrevista. Sólo el azar hizo conocer el resultado tan fatal para Francia.

Tampoco sabemos el nombre de los girondinos que fueron llamados á la cita misteriosa. Parece que muchos (Vergniaud, sin duda, Petión, Condorcet, Geoussonné, Clavieres y Brisot, quizás) lo amnistiaron; los demás no quisieron tratar.

Eran amigos personales de los Roland, Buzot y Barbarroja.

Los otros eran tres girondinos propiamente dichos, abogados de Burdeos, llamados Guadet, Ducas y Fonfrede. Los dos últimos, en su entusiasmo ardiente de pureza republicana, querían que la Revolución, su virgen adorada, llevara su ropa sin mancha. Guadet, el atleta ordinario de la derecha, hablador fogoso é infatigable, había combatido muy frecuentemente á Danton para perder el amargor de la lucha.

¿Qué palabras tuvo Danton, qué respuestas, qué encontró en su corazón en este momento decisivo para defenderse él y defender la unidad de la patria? Nadie lo ha sabido, ni nadie lo sabrá. La historia enmudece aquí. Sólo se conocen las últimas palabras que dijo á Guadet, cediendo á su orgullo: «Guadet, Guadet, no tienes razón: *tú no sabes perdonar*; no sabes sacrificar tus resentimientos á la patria; tú eres testarudo y perecerás.»



LIBRO V

CAPITULO PRIMERO

Luis XVI era culpable

Objeto de los capítulos siguientes.—Circunstancias atenuantes en favor de Luis XVI.—Mentiras del rey demostradas por los realistas.—Llamamiento del rey á las potencias extranjeras.—No había en el 93 ningún documento contra él.—Su jesuitismo político y su sumisión á las doctrinas de la razón de Estado y de la salud pública.—Los reyes y príncipes, formando una familia, desconocen, traicionan la nacionalidad.—La nación se convierte en un ser, la violación de una nación es el crimen más grande.

Somos conducidos ya por el drama revolucionario sin que nada nos pueda detener. Del proceso del rey á la catástrofe de los girondinos, al Terror, no hay detención posible.

Este drama, sin embargo, es toda la Revolución.

I. Ofrece, aparte, un hecho inmenso que es independiente y que pudiera llamarse la gran corriente de la Revolución, corriente regular invariable, invencible, como las grandes fuerzas de la naturaleza. Es la conquista interior de la Francia por ella misma, *la conquista de la tierra para el trabajador*, el cambio más grande que tuvo jamás lugar en los anales de la propiedad desde las leyes agrarias de la antigüedad y de la invasión bárbara.

II. Estos dos movimientos, sin embargo, no lo abarcan todo. Bajo la conquista del territorio y el drama revolucionario se descubre un mundo inmóvil, una región dudosa á la que nos hace descender, donde existe el marasmo de *la indiferencia pública*. Se había observado